

# MI MAESTRO

**E**N un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no puedo olvidarme, transcurría monótona mi niñez, entre cuidados familiares, convenciosos de puras costumbres castellanas, sacerdotes caritativos y celosos y maestro acogedor, nuestro D. Manuel, como le llamábamos sus discípulos, y Manolito, según le denominaban sus íntimos, paisanos y familiares.

D. Manuel, en nuestro pueblo, era una verdadera institución; ancho de hombros, sobre los que descollaba su cabeza erguida, de andar ceremonioso y reposado, con gravedad de gentilhombre, imbuido de gracia y donosura; era, en resumen, un apuesto señor manchego, un hidalgo de la llanura infinita. De cultura universitaria, profunda religiosidad y moral arraigada, se entregó a la enseñanza con toda la inquietud de sus ímpetus juveniles, luchando con tesón e inteligencia para educar a *ciento ochenta niños*, en una escuela de factura antigua, reducida, polvorienta, cuyo pavimento recordaba tiempos mejores, a juzgar por los pocos ladrillos que, con numerosos hoyos, se disputaban la superficie del suelo. En esta escuela de pobre y mísera instalación, aprendimos a vivir y a pensar, a conocer y a respetar, a querer y a perdonar, a rezar y a amar a Dios millares de niños españoles.

El religioso proceder de nuestro D. Manuel, llenó de espíritu el ámbito escolar, y los ideales más altos, eran asequibles a nuestras incipientes inteligencias por obra y gracia de un educador modelo, de un hombre bueno y religioso, de un patriota auténtico. ¡Y qué pobres son mis palabras, en relación con los merecimientos de nuestro insigne Maestro!

La educación de la juventud ocupó totalmente la vida de nuestro Maestro, y toda una generación de manchegos, en diversas localidades, deben a este hombre admirable las primicias de la cultura y de la honrría de bien, tan abundantemente repartidas en afán misionero ejemplarmente sostenido.

Han pasado varios lustros; el afán educacional del Maestro ha rebasado Castilla e invadido la Bética, en alegre escuelita trianera, compartiendo, como siempre, su vida ejemplar con niños y compañeros buenos, con sacerdotes santos, en un medio familiar ejemplarísimo, reposo merecido, en las postrimerías de su vida, y después de batallar contra la incultura y la incomprensión, dedicado a la más noble función, la de educar, en constante superación ambiciosa de ideales.

La fortaleza fisiológica de nuestro Maestro había triunfado hasta hace bien poco tiempo; sin cansancio, ni fatiga, sin un solo permiso en su vida profesional, pero los años no pasan en balde, ni los sinsabores tam-